

Ante todo, talento

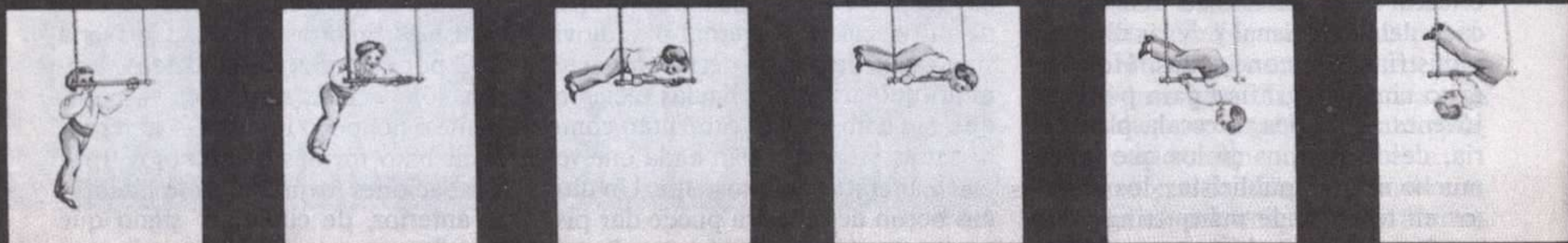
por Manuel Vázquez Montalbán

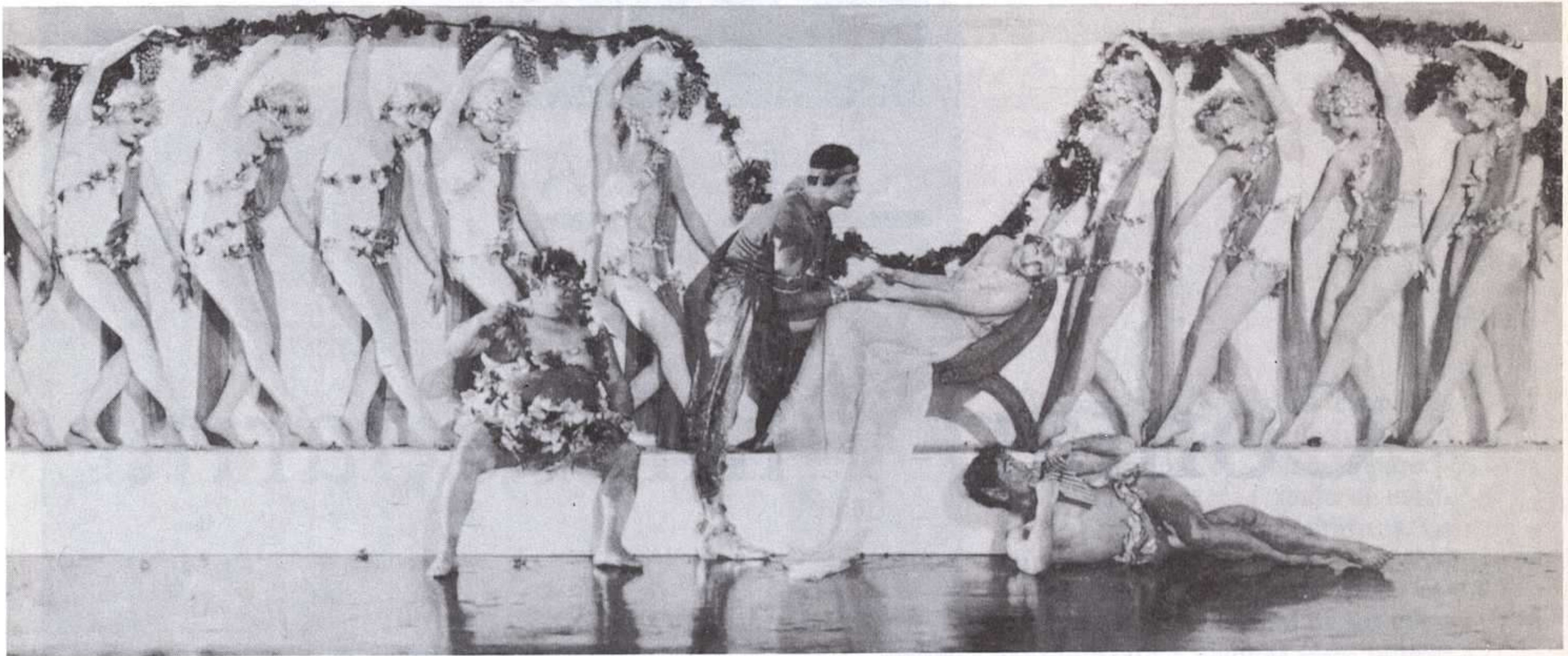
En las líneas que siguen el escritor Manuel Vázquez Montalbán aventura una posible fórmula certera para las adaptaciones cinematográficas de obras literarias. Voluntad de traducción lingüística, estado de enamoramiento por lo vertido y talento son, según él, las claves del éxito.

Mientras no existieron los medios audiovisuales de masas (cine, televisión, vídeo) la literatura se aplicó a describir ambientes, lugares, personajes, con el fin de que el lector estuviera en condiciones de imaginarlos. Una vez masificadas las técnicas de reproducción de la imagen, desde la fotografía hasta la televisión, la literatura no tenía por qué cumplir una finalidad reproductora de la realidad, lo que no quiere decir que debiera abandonar cualquier posible voluntad de clarificar la realidad. Es otra cosa. Pero es evidente que la materia prima de lo literario es la palabra y de lo cinematográfico, la imagen. Cuando se plantea la cuestión de la fidelidad o no de las versiones cinematográficas de obras literarias, si son obras muy conocidas, el realizador cinematográfico lleva casi siempre las de perder. Los lectores, y el propio autor, han

imaginado un mundo físico a partir de la fantasmagoría de las palabras y en cambio el cine encierra esas imágenes cambiantes según cada lector en unos límites estrictos, en las semánticas concretas de unos actores, unos decorados o unos exteriores definitivos.

Con todo no es éste el gran problema. El receptor puede quejarse de que el cine o la televisión le hayan limitado todas las posibilidades de imaginar que abren las palabras. Pero a poco que tenga una cierta capacidad de lectura de imagen, pactará con la nueva propuesta semántica y llegará a la carga de verosimilitud que le proponen. Más difícil es en cambio traducir en imagen lo *estrictamente verbal*, esas largas combinaciones sintácticas en las que las palabras se mueven a sus anchas, se autojustifican y en cambio cuando han de convertirse en imágenes obligan a los





LA VIDA PRIVADA DE HELENA TROYA.

guionistas y realizadores a verdaderas cabriolas de tratamiento lingüístico. Lo más fácil es recurrir a la voz en off que se limita a leer lo que el guionista o realizador se han reconocido incapaces de *traducir* al nuevo código lingüístico. Lo más difícil es precisamente traducir a un nuevo código, sustituir la palabra por la imagen sin traicionar el espíritu de la novela vertida y si se traiciona ha de ser con la condición de que la película mejore a la novela. En la historia del cine hay varios casos de novelas mediocres mejoradas por guionistas y realizadores excelentes (el caso más paradigmático es la versión de *Sed de mal*, a cargo de Orson Wells), pero muy pocos casos de buenas novelas que hayan sido bien llevadas al cine y no digamos ya, *mejoradas*. Muchas veces se ha investigado una posible receta del «cómo se hace» un buen ejercicio de adaptación y finalmente se llega a la

conclusión de que todo depende de una sutil química entre la novela y el cineasta, que requiere además el talento del cineasta, ya que el del escritor ya está demostrado.

Si no se produce esa química, la misma que preside las mejores relaciones amorosas, el fracaso está pronosticado. Pero incluso ese erotismo mágico entre la obra literaria seleccionada y el cineasta sería bien poca cosa sin el talento. Es evidente que el casi agonizante Huston, en el momento de filmar *Gentes de Dublín* vive una relación amorosa con la propuesta literaria de James Joyce, pero añade su talento y el filtro de la melancolía de su propia fragilidad de moribundo ante un mundo poblado de seres frágiles. Como es igualmente evidente que Wells, el más grande adaptador cinematográfico de obras literarias, demuestra que en su caso el talento es fundamental al mostrarse capaz de

convertir el verosímil literario en verosímil fílmico a costa de la mediocre novelita *Sed de mal* o de las más grandes obras de Shakespeare.

La fórmula posible sería voluntad de traducción lingüística a otro código, estado de enamoramiento por lo vertido y talento. Para lo primero se necesita la retina de un buen cineasta, para lo segundo la generosidad de un humanista y lo tercero... lo tercero... Ahí está el detalle. ■

